EL ABISMO

El *barrio* no tenía más que casitas y tugurios, como todos los *barrios* pobres, pero en la paz patriarcal[61] de su pobreza, tugurios y casitas no necesitaban ni trancas ni cerrojos. Por las ventanas y puertas abiertas penetraban, bien el oro de las puestas, bien la plata de las noches de luna; en mayo, la gloria de las *sampaguitas* en flor, y en agosto, el aroma de las espigas maduras. Cuando venían las lluvias, cantaban las selvas, los platanares, las cañas, la eterna canción de sus ramas sacudidas, y en luciendo el sol, cabrilleaba multiplicado en el rizado cristal de los charcos... Enamorado de la belleza del lugar, el viejo Simeón había plantado allí su vivienda, dando final a su vida de nómada y de aventurero. Otros compañeros más en las viejas andanzas, habían hecho lo mismo, pero de esos ninguno quedaba ya. Sólo él, rugoso y fuerte, había sabido sobrevivir, como aquel *pono de balete* que en el corazón del *barrio* erguía su viejo tronco estriado de enormes venas. Pero, como los otros, como todos, algún día sucumbiría también... ¿No tenía gemidos de agonizante hasta el *balete* aquel, el más añoso entre los *baletes* de la comarca, cuando por entre la maraña de sus ramas pasaban ululando los ventarrones de diciembre?

El viejo Simeón tenía cierto miedo a la muerte. No por él, que bien vividos llevaba setenta años cabales; ni por el misterio del más allá, pues que sobre la vaguedad de unas creencias heredadas, flotaba sólida la fe en una recompensa eterna a la inmaculada blancura de su vida. Pero ¡cómo dejar aquel *barrio*! ¡aquellas tierras fecundizadas con el sudor de su frente! ¡el glorioso espectáculo de los primeros brotes al cese de las lluvias de mayo! ¡la visión magnífica del esfuerzo premiado en la siega primero, y en las trojes repletas después! Y por encima de

[61] Este uso del adjetivo "patriarcal", asociado a la vida en el pueblo y en el campo, era habitual a principios del siglo XX y típico del estilo descriptivo costumbrista. Aparece habitualmente en Vicente Blasco Ibáñez, muy conocido y leído en Filipinas.

todo eso, ¡cómo dejar a su nieto, aquel brote de los amores de su única hija, muerta desgarrada con una herida de amor, al darle vida, lozano y fuerte ya en sus primeros años, como *molave* joven de aquellos que empenachaban las cumbres!

No; Simeón no quería vivir eternamente tampoco. Pronto empezarían los achaques, y para vivir encadenado a su *papag*[62] era mejor cerrar los ojos definitivamente. Sólo una cosa quería él. Ver, antes de morir, hecho un hombre a su nieto, más fuerte que ninguno de los hombres del *barrio*, más garrido que cualquiera, que supiera talar las tierras como él en su bravía mocedad, y por el cual se muriesen de amor todas las mozas del lugar...

—¿Podemos subir, buen viejo?

Algunos de los excursionistas se habían parado frente a la casita del viejo Simeón y demandaban hospitalidad. Un ratito de descanso, a la sombra de los árboles de la huerta, o bien, si hasta ello llegaba la generosidad del dueño dentro de la casita misma. El viejo ofrendó:

—Es vuestra esta choza humilde… Disponed.

Penetraron en pintoresca algarabía. Habían venido andando por caminos ondulados, y poco acostumbrados a pesadas caminatas, se sentían rendidos. Algunas chicas se sentaron sobre el suelo; los chicos se acomodaron de cualquier modo.

—Vamos a tomar algo... Todavía guardo un poco de azúcar…

Sentían sed y aceptaron la oferta. El *tabo*[63], lustroso, color de ébano, corrió de mano en mano, lleno de agua cristalina.

—Pues, sí —explicó alguno de la comitiva—. Hemos venido de excursión, desde Manila. En ferrocarril, hasta el pueblo, y luego a

[62] Cama o banco hecho de cañas de bambú.

[63] Es un recipiente hecho con la cáscara interior del coco partida por la mitad y muy pulida. Tiene muchos usos, tanto puede hacer las veces de vaso como de cazo para la cocina o para el baño. Hoy en día se fabrica también con materiales plásticos.

pie, desde la estación hasta la hacienda del amigo Federico, que nos obsequia con una *lechonada*[64]. ¡Como acaba de hacerse abogado!... Comeremos en el río...

A través de la ventana, vieron pasar a otros. Probablemente los que componían la murga, como daban a entender los instrumentos de música que portaban.

Una, entusiasmada, clamó:

—¡Qué bien! Parece que hasta bailaremos... Este Federico es el demonio, cuando a divertirse tocan.

Cuando, ya descansados, se despidieron, el viejo Simeón sintió un remozamiento alma adentro. Aquella alegría, aquella despreocupación, aquella gloria vibrante del vivir, habíalas sentido él también cuando no tenía ni canas ni arrugas. Todo aquello era lo perdido para él; la juventud. Lo que tal vez muy pronto haría valer sus derechos en aquella prolongación de su vida, el idolatrado nieto que ahora mismo, bajo el dintel de la puerta, perseguía con los ojos, agobiado por el peso de deseos imposibles, el ruidoso desfile de los excursionistas.

El viejo Simeón sintió una inmensa, profundísima lástima del joven. ¡Aquí encerrado, en el estrecho límite de este *barrio*, sin conocer la vida, sin gustar la vida, como un ave en una jaula, barruntando desconocidas perspectivas tras la vaguedad azul de los horizontes lejanos! Y de pronto, sin comprender cómo, le vino una idea: ¿por qué no soltarlo un tiempo, para que se saturase de aire, de luz, de libertad, de vida?

Y, sonriendo, se lo comunicó al nieto:

—¿Quieres ir a la ciudad, ser como esos, por algún tiempo?

El joven escuchó la proposición, aturdido. Luego, vista la realidad del ofrecimiento, factible porque lo quería el abuelo, y porque el abuelo tenía algunos ahorros, soltó una risa emocionada y describió un salto de volatín, tal que si de pronto sintiese su vida necesidad de

[64] Una comilona con mucho lechón como plato principal.

desbordarse ruidosamente. Luego, gritó con todos sus pulmones, con toda su alma:

—Sí, quiero, quiero, quiero irme...

De tarde en tarde, recibía el viejo noticias del nieto ausente. Bien se portaba el rapaz. Contaba con muchos amigos, y entre ellos gozaba fama de espléndido y manirroto. No perdía fiesta ni jaleo. A medida que se acortaba el plazo de la vida de ciudad, se entregaba con mayor intensidad al jolgorio. Claro que los ahorros se iban agotando, pero aquello no importaba. Para eso los había llevado consigo. De todos modos, pronto se impondría el retorno y cuando se reintegrase a la vida monótona de *barrio* tendría en tesoro de experiencia lo que hubiese perdido en términos de dinero. En cuanto cayesen las primeras lluvias, volvería al *barrio* para afincarse en él definitivamente. Sería suyo el *carabao* más fuerte del corral del viejo, y las mañanitas de sol lo sorprenderían en plena brega, abriendo las entrañas de la tierra con la punta de su arado.

La temporada de aguas empezó temprano. Al quinto día del mes de mayo, tronó inesperadamente. Mediada la tarde, una lluvia torrencial bramó furiosa. Antes del anochecer, sin embargo, tornó a lucir el sol, y el oro del crepúsculo se disolvió en la plata fundida que fingía la evaporación de las tierras fecundizadas. Aquella misma noche, el viejo Simeón, con grandes penas garabateó una carta al ausente:

—Vuelve inmediatamente... Pronto empezaremos la siembra.

Se sentía satisfecho. Había ya dado a la juventud de su nieto lo suyo, la parte de felicidad que le correspondía y aunque algún día, acaso no lejano, se sintiese vencido, tenía ya quien continuase su obra. Aquellas hazas que se extendían hasta donde llegaba la vista, no quedarían huérfanas aunque él muriese. Su nieto, fuerte, vigoroso,

trabajador, sabría depositar en sus entrañas el sagrado polen de la simiente que se habría de traducir en fecundas cosechas...

IV

Lo aturdió la inusitada, la imposible, la absurda noticia traída por un amigo que, viniendo de una romería a Antipolo[65], había pasado por Manila:

—Tu nieto ya no quiere volver...

¿No volver? ¿No volver al *barrio*? ¿A su *barrio*? ¡Imposible! Y, ¿aquellas tierras? Y, ¿el *carabao* aquel, de piel lustrosa, pesado y gordo, que era el orgullo del corral? Y, ¿la siembra?... Soltó una carcajada trepidante ante la seguridad de que el amigo se equivocaba:

—¿Que no quiere volver mi nieto? O estás soñando, o bromeas, o estás loco. ¡Ah! sí, ya sé. Vino contigo; está en la huerta, para darme una sorpresa, el picarón. ¡Ea!, vamos...

Se abalanzó a la puerta, dudando ya de la seguridad con que él esperaba encontrarlo. Y, ¿si no estuviese? ¿Si no quisiese volver realmente? ¡Imposible, imposible! Pero cuando no lo vio, ni al pie de la escalera, ni en la huerta, ni en sitio alguno que abarcasen sus ojos, tuvo un sacudimiento como de fiera herida, y se irguió tal que en sus tiempos buenos, para rugir:

—Pues yo lo buscaré, y así arrastrado, lo traeré aquí, al *barrio* de donde no debió haber salido nunca...

Fue a Manila, efectivamente, acompañado por el fiel amigo. Y ya no era el buen viejo, bonachón y patriarcal de las veladas nocturnas en la paz de la casita. Una rabia profunda ante aquella renegación por quien él más quería de lo más caro que tenía en la vida, le había infiltrado nuevas

[65] La ciudad de Antipolo está en la provincial de Rizal y se encuentra cerca de Manila, a unos 25 kilómetros. El nombre le viene de los árboles de *tipolo* (árbol del pan, *Artocarpus incisa*) que existían en el lugar cuando se empezó a poblar. En 1578 llegaron los franciscanos y construyeron una iglesia en donde en 1626 se llevó una imagen de la Virgen proveniente de Nueva España, Nuestra Señora de Antipolo o Nuestra Señora de la Paz y del Buen Viaje.

energías, acopladas con una exaltada ansia de defender aquel pedazo de tierra que había él abierto al trabajo de los hombres.

En la casa donde se hospedaba su nieto, le dieron una noticia tremenda:

—El chico se despidió esta mañana, no sabemos para dónde. Hablaba de ir lejos, para no volver más.

Luego, la casera, conocedora de los hombres y de las cosas, comentó;

—Querrá divertirse más... ¡La juventud!

Se hizo luz en la mente del viejo. Sí, era aquello, la juventud, que al poner sus labios sobre el borde de la copa quería vaciarla toda entera. Sí, era aquello, el abismo de los placeres, atrayente y traidor, que no soltaba a quienes se asomaban a su fondo. Y ¡él, que no lo había comprendido! Y ¡él, que había lanzado a su propio nieto, a un pedazo de su carne, a las fauces del monstruo que esperaba agazapado entre sedas y oros! Y su alma, su pobre alma transverberada de dolor, tembló ante el convencimiento de que había cometido un irreparable error cuando lo mandó al chico un día a la ciudad.

Cuando el viejo Simeón volvió al *barrio* se sintió doblar hacia la tierra. Más que sus setenta años, pesaba sobre sus espaldas este dolor grandísimo. ¡Pobres tierras aquellas que se verían huérfanas del sagrado polen de la simiente que debía traducirse en fecundas cosechas!...